

VIAJE POR ESPAÑA (1866)

POR

M. EUGENIO POITOU (I)

(Traducción de «MARTIN DE ANGUIOZAR»)

CAPITULO I

A MODO DE PREÁMBULO

Un viaje por España podía, aún no hace mucho tiempo, ser considerado como empresa heroica.

Durante el siglo pasado, el duque de Saint-Simon, al dirigirse a Madrid con título y séquito de embajador de Francia, escribía: «No hay nada en las hostelerías de España, en que se os indica solamente dónde se vende cada cosa que se precisa. La carne está generalmente cruda; el vino espeso, trivial y violento; el pan se pega al muro; el agua amenudo no vale nada; no hay camas más que para los arrieros; de modo que es menester llevar todo consigo». Las cosas no habían cambiado sensiblemente aún hace veinticinco años. Hoy, hay que convenir en que ya no es lo mismo: España ha hecho grandes progresos y se puede ir a Madrid y hasta a Sevilla sin ser un héroe ni un embajador. Si a veces es prudente llevar el almuerzo, ya no es necesario transportar la cama. Los ferrocarriles andan casi tan de prisa como las antiguas diligencias; y cuando los túneles no están hundidos, o las zanjas cubiertas por los derrum-

(I) *Voyage en Espagne par M. Eugène Poitou, 1869, Tours, Alfred Mame et Fils, Editeurs.* La obra consta de XV capítulos dedicados a España, de los cuales traducimos tan sólo el capítulo I y un fragmento del último, que es donde únicamente hallamos noticias acerca del País Vasco (Nota del Traductor).

bamientos, o los puentes arrebatados por los torrentes, en el tiempo adecuado se llega a destinación.

Con tal perspectiva tranquilizadora salí para España en los primeros días de la primavera de 1866, acompañado de mi familia y un compatriota a quien larga residencia en ese país le familiarizó con sus costumbres e idioma. Nunca aconsejaría yo que viajara por España quien no sepa un poco de español o no lleve un compañero que lo conozca.

Además, el momento era propicio. El cólera me había impedido ir el otoño anterior. Durante el mes de enero la insurrección del general Prim me hizo temer un instante que presenciaria el país ardiendo. Por el momento todo parecía en calma, pero había que apresurarse. Los *pronunciamientos* (2) podían aún cerrarnos la ruta. Y, en efecto, apenas regresé a Francia, estalló en Madrid la sangrienta sublevación de junio.

BAYONA

Hacemos nuestros últimos preparativos en Bayona, tomando dinero español. Se nos ha recomendado sobre todo que no aceptemos billetes de banco de España, —están todos depreciados— y, además, que examinemos en todas partes el oro, porque la Península está inundada de moneda falsa.

No conozco en Francia más bonita pequeña ciudad que Bayona. Con calles estrechas y tortuosas, posee ya la fisonomía meridional en medio de vegetación fresca como la del Norte. Encerrada en sus murallas, como joven guerrera en su coraza de hierro, se envuelve coquetamente en una cintura de verdor y de flores. Se puede ya admirar en los aldeanos que conducen provisiones al mercado, esa bella población vasca que cubre las dos vertientes del Pirineo. Las mujeres, particularmente, llevan vasijas o cestos sobre la cabeza, descalzas, desnudas las piernas, la falda remangada, con aire ágil, elegante, y la gracia de las canéforas antiguas.

La entrada en España es encantadora. Desde las alturas de Biarritz se ve desplegarse ante sí, de un lado, la cadena de los Pirineos alzando hacia el cielo sus picos nevados; del otro, la línea ondulada y graciosa de los montes Cántabros que va a perderse en la

(2) Literal y en bastardilla (N. del T.)

bruma del poniente y cuyos pies se sumergen en el mar, un mar azul, límpido, transparente como el Mediterráneo.

FUENTERRABIA, IRUN.

El ferrocarril franquea el Bidasoa junto a su embocadura, cerca de esa isla de los Faisanes, que fué escenario de tantas pompas reales, de tantas conferencias diplomáticas, y que vió a Francisco I regresar tristemente de su prisión de Madrid después de haber dejado un poco del honor que salvó en Pavía. Enfrente y a la derecha, sobre la orilla española, se presenta a media altura la pequeña ciudad de Fuenterrabía, una bicoca que tiene nombre en la historia desde que Condé la sitió sin poder tomarla, desmantelada hoy y sin guardar ya sino aspecto de pobre aldea, pero de bello colorido y con actitud bastante altanera en su ruina. Diríase un hidalgo arruinado envolviéndose en su capa hecha girones.

Se detiene una hora grande en Irún. Ahí se dejan los vagones franceses para entrar en los vagones españoles. Están, gracias a Dios, suprimidas las formalidades de los pasaportes; pero la ceremonia de la aduana no lo está. Revisados nuestros baúles, nos creíamos en paz cuando un aduanero de aspecto áspero nos intima a pasar a una oficina particular. Allí se nos revisa en todos los bolsillos, bajo los trajes, hasta bajo la camisa. Protestamos, pero en vano. Parece que hace dos o tres días se hicieron entrar diamantes de contrabando. La aduana había redoblado ferozmente en severidad y, aparentemente, teníamos nosotros, sin apercibirnos, un aire falso de contrabandistas.

En fin, estamos libres y, tras muchas pausas, se sale. Se aprecia en seguida por esta lentitud, por la inexactitud de las horas de salida y de llegada, que no se está ya en Francia. Desde ahora hay que hacer provisión de paciencia: *!paciencia, paciencia!* (2). Desde Irún hasta Cádiz, —me dicen—, y de Cádiz a Irún, ese es el estribillo que tendremos que escuchar.

Se está en España y, sin embargo, parece durante algún tiempo que no se ha cambiado de país; el mismo aspecto en los campos y en los villorrios, iguales cultivos, la misma población e idéntico traje. Es que, en efecto, se está siempre en el País Vasco, en el mismo pueblo de las dos orillas del Bidasoa; pueblo inteligente y enérgico, espiritual y bravo, aventurero y audaz; pueblo de agricultores y

ode cazares, de soldados y de marinos, que ha conservado intactos desde veinte siglos y a través incesantes luchas, su idioma, sus usos, sus costumbres y su amor a la libertad.

RENTERIA, PASAJES, SAN SEBASTIAN, ALSASUA.

La vía férrea serpentea a través lomas verdegueantes, colinas redondeadas cubiertas hasta las cimas de cultivos y de árboles. A cada minuto cambia el paisaje, tan pronto encerrado en una angosta garganta, como abriéndose hacia el mar. Rentería, con su torre dentada, pasa rápidamente ante mis ojos. He aquí el puerto de Pasajes, que se tomaría a gusto por un lago de Suiza encuadrado de montañas. San Sebastián, que se alarga sobre estrecha orilla entre el mar y la roca abrupta en que eleva su ciudadela; pobre ciudad completamente nueva, que sus amigos los Ingleses quemaron para impedir que los Franceses la tomaran (3). España así llevó a cabo más de una vez, a su costa, la experiencia de lo que cuesta la amistad británica (4).

Aquí se deja el litoral, y el camino de hierro, volviéndose de pronto hacia el sur, se hunde en el macizo montañoso y comienza a escalar penosas pendientes. Sabido es que el centro de España está constituido por una inmensa meseta que se alza a una altura de seis a setecientos metros sobre el nivel del mar. De cualquier lado que se dirija hacia Madrid, al dejar los bordes del Océano o del Mediterráneo, hay que escalar esa prodigiosa aridez. Seguimos el cauce de un pequeño río que circula ruidoso sobre fondo de peñas, haciendo rodar de trecho en trecho con sus aguas verdes y espumosas las ruedas de los molinos o de las fábricas. La vía salva los precipicios, franquea los valles sobre atrevidos viaductos, cruza por galerías subterráneas las crestas más abruptas. Las dificultades han sido infinitas hasta trazar este camino, y los ingenieros franceses que lo construyeron han hecho prodigios. Desde San Sebastián hasta Alsasua, en un espacio de menos de veinte leguas, se cuentan, según creo, treinta y dos túneles.

Se asciende, se asciende siempre. La locomotora sopla y gime. El cielo se ha ensombrecido. Estamos casi a la altura de las nubes.

(3) La quemaron porque la habían tomado los Franceses (N. del T.)

(4) La amistad británica era preferible, a mi juicio, a la de Napoleón (N. del T.)

Los montes, cuyas bases se cubren como con un mar de olas, alzan por encima ss cimas blancas de nieve y toman aspectos grandiosos. El arco iris coloca sobre los picos la curva radiante. Pronto una llovizna fina y apretada empieza a caer; el viento norte agudo la fustiga contra los cristales.

Es de noche cuando llegamos a Alsasua, estación en que se deja la línea de Madrid para tomar el ramal de Pamplona. Cae la nieve, que cubre la vía. Nos refugiamos en la estación, donde no hay fuego. Entre la muchedumbre que tirita, se mantienen inmóviles los altos montañeses de calzado de cuerdas y calzones de terciopelo; unos, con chaquetas de piel de oveja, otros, envueltos hasta la nariz en mantas enrayadas. Como ellos, nosotros nos tapamos melancólicamente en nuestras mantas de viaje, soñando, para consolarnos, en naranjos de Córdoba y en rosales de Granada.

PAMPLONA

A las nueve de la noche estamos en Pamplona, o por lo menos al pie de Pamplona, pues la ciudad se asienta en un alto, y para llegar a ella hay que escalar en ómnibus una cuesta larga y pendiente. El hotel en que paramos está en gran plaza cuadrada, rodeada de arcos, que se llama la plaza de la Constitución. ¿Qué Constitución? No sabré decíroslo, y los Españoles se hallarían quizás en tanta dificultad como yo, porque desde hace cincuenta años la han cambiado, como nosotros, tan frecuentemente que se queda uno perplejo. Sea lo que fuere, todas las ciudades de España, grandes o pequeñas, tienen su plaza de la *Constitución* (2); eso agrada a los *naturales* (2), como dice Topffer.

La *fonda de Ciguanda* (2) es una verdadera hostelería española. No se oye una palabra en francés (5). Habitaciones, mobiliario y servicio, todo es de una sencillez primitiva. Pero la gente tiene buen aspecto y maneras agradables. En el comedor hay calefacción en torno de un ancho *brasero* (2). La mesa está alumbrada con lámparas de cobre a tres mecheros, de forma antigua. La cocina guarda cierto perfume de aceite; pero, después de todo, la cena no es mala, y las dos muchachas morenas que nos sirven, tienen hermosos ojos negros.

(5) ¡Naturalmente!..... (N. del T.)

Pamplona; que fué otrora plaza fuerte de primer orden y capital de un reino, no es ya sino pequeña capital de provincia, sin importancia y sin vida. Sentada sobre uno de los últimos contrafuertes de los Pirineos, domina un hermoso valle. La gran plaza en que residimos y los edificios oficiales que la rodean, no tienen carácter. Pero si penetramos en el interior de la ciudad, se encuentran aún algunas de aquellas altas y macizas casas del siglo xv, edificadas en granito y ladrillos con puertas de roble claveteadas en bronce, de ventanos enrejados, de aleros inclinados, y mostrando sobre el zaguán anchos escudos esculpidos en piedra o marmol. Las mujeres van todas de mantilla; los campesinos usan sombrero en punta o gorra de piel de oveja. En las calles los ciegos cantan acompañándose de la guitarra.

La catedral es de bello estilo ojival. Desgraciadamente, el siglo último, se la ha aplicado una pesada y desagradable fachada greco-romana. Una verdadera joya de arquitectura es el claustro de la catedral. Sus cuatro galerías abovedadas abiertas sobre un patio, se hallan sostenidas por esbeltas y elegantes columnatas que se desvanecen en ojivas floridas y en rosetones de maravillosa ligereza.

Se nos hace visitar la sacristía que, por lo demás, no tiene de curioso sino su carácter español, y es grande como una iglesia. Las sacristías de España son vastas habitaciones compuestas generalmente de una serie de salones ricamente decorados. Los muros están cubiertos de maderamen tallado, de pinturas y cuadros. Se ven pilas de marmol, oratorios de lujo inaudito, armarios llenos de pedrerías, objetos preciosos, ornamentos de oro y plata de un precio y labor inestimables. Ordinariamente, hay en medio del salón principal un brasero que sirve a la vez para abastecer los incensarios y encender los cigarrillos; porque en España todo el mundo fuma, hasta los eclesiásticos y aún en la sacristía.

LOS NAVARROS

La población de Pamplona no difiere mucho de la del resto del País Vasco. Navarra, las provincias vascas, Galicia, y hay que agregar Aragón, son de todas las de España las provincias que han conservado mejor su carácter propio y sus virtudes nativas. Son también las que han defendido durante más tiempo sus antiguos privilegios. Les quedan aún algunos vestigios que el poder real no ha osado

quitarles. Los Navarros, como Vascos, tienen sencillez de maneras y de lenguaje, dignidad noble y franca, costumbres benévolas y hospitalarias que no se encuentran en ninguna otra parte de España. No se ven en Pamplona esas nubes de vagabundos y mendigos que en todas las demás partes asaltan y persiguen al viajero. Me ha ocurrido ahí un caso inaudito, inverosímil: dos veces en un día se ha rechazado una propina que yo ofrecía; la primera vez se trataba de un joven que me había hecho un encargo; la segunda, fué el conserje del palacio del Ayuntamiento que acabábamos de visitar. El caso, raro en todo país, me ha parecido milagroso en España.

Aunque Pamplona guarda un gran lugar en la historia, no tiene monumentos históricos. La ciudadela fué reconstruída por Felipe II. En 1512, Fernando el Católico, aprovechando las divisiones que desgarraban a Navarra, expulsó a su rey Juan de Albret y se apoderó de Pamplona. Ayudado por el rey de Francia, intentó Juan de Albret, aunque en vano, reconquistar su reino. Vino en 1521 a sitiar a Pamplona. Entre los defensores de la plaza se encontraba un joven capitán, gentilhombre vasco, que recibió en la pierna una herida grave. Se llamaba Iñigo de Loyola. Era un alma ardiente, voluntad de hierro, espíritu caballeresco. Durante larga y penible convalecencia, su piedad, exaltada por la lectura y la meditación, le sugirió un proyecto extraordinario y atrevido. Condenado a abandonar el oficio de las armas, no pudiendo ser ya soldado del rey, quiso hacerse soldado de Cristo y pensó, a imitación de esas compañías de partidarios que se ponían a sueldo de los príncipes, formar una compañía al servicio de Jesús. Ahí había un pensamiento profundo. Se preparaban grandes acontecimientos: la Reforma acababa de nacer; a un enemigo nuevo había que oponer una milicia nueva. Esta iba a llegar a ser la espada del papado (6).

.....
 Roncesvalles no está más que a algunas leguas de Pamplona (7).

EL CONVOY

Es suficiente una mañana para ver Pamplona. Al día siguiente

(6) En unas veinticinco líneas se extracta a continuación la vida de San Ignacio, siguiendo al P. Ribadeneira (N. del T.)

(7) El autor francés se ocupa durante cuatro páginas en reproducir *La Chanson de Roland*, versión de M. Vitet (N. del T.)

de nuestra llegada, volvimos a tomar por la tarde el ferrocarril para ir a dormir a Zaragoza.

Suben al convoy con nosotros aldeanos aragoneses: otra raza, otra indumentaria. Usan faja violeta, manta gris con rayas negras o azules echada sobre el hombro, sombrero de terciopelo de bordes vueltos. Dos de ellos van armados de largos fusiles y llevan la cartuchera sobre la cintura. ¡Singular vestimenta ridícula para viajar en tren! Pero desde Zaragoza hasta Málaga, veréis eso a cada paso. El rico campesino que va a caballo hacia la ciudad, el aldeano que conduce al mercado su mulo cargado de legumbres, llevan fusil, culata al descubierto, en las correas de la montura. Son viejos hábitos que el bandidaje y la inseguridad de los caminos hicieron nacer y que largas guerras civiles han conservado. Se asegura, no obstante, que ya no hay bandoleros en España. Los ladrones, no queriendo hallarse al margen de la ley, se han hecho, —según dicen—, hosteleros.

Los valles que se extienden al pie de la montaña de Pamplona, son fértiles y bien cultivados; pero faltan árboles, detalle que constituye la desgracia de España y lo que entristece en ella los más hermosos paisajes. Salvo en algunos valles excepcionales donde la naturaleza ha reparado ella sola los estragos de los hombres, España casi entera está desnuda y despojada. La llanura y los montes están desnudos. Las tierras, hasta las más fértiles, las que se hallan plantadas de viñas o sembradas de trigo, se ven desprovistas de arbolado. No es culpa del suelo ni del clima, sino resultado de largas luchas que han devastado el país; y es también consecuencia de prejuicios, de apatía, de la incuria de los labradores.

OLITE, TUDELA, ARAGON

La guerra civil ha dejado en este país terribles trazas (8). Del lado de Olite, cuyo viejo castillo medio derrumbado se yergue tristemente sobre un altozano, no se perciben sino pocas y miserables habitaciones, aldeas casi desiertas; casas en ruinas, granjas incendiadas. El cultivo casi ha desaparecido. Sólo se encuentra un poco de vida y actividad al entrar junto a Tudela en el valle del Ebro. Ahí se está junto a Aragón, una de las provincias más fértiles de

(8) Se refiere a la primera contienda carlista, que había tenido lugar treinta años antes (N. del T.)

España y que debiera ser uno de los países más ricos del mundo. Esta comarca parece haber recibido todos los dones del cielo: suelo fecundo, agua abundante, clima templado, raza fuerte y generosa. Y este hermoso país está apenas poblado, esta tierra apenas cultivada, todas estas riquezas se hallan en su mayor parte descuidadas o destruidas; el despotismo y la anarquía, sucediéndose el uno al otro, han puesto en todo el sello de esterilidad. Estas ricas y populosas comarcas que en el siglo xv eran reinos poderosos, un siglo después, despojadas de sus franquicias y privadas de toda vida política, se habían convertido en provincias administrativas de un gran imperio que las agotaba oprimiéndolas, y un siglo más tarde aún, eran miembros languidecientes y atrofiados de gobernaciones decrepitas que se hundían cada día más en la decadencia (1).

CAPITULO XV

EL REGRESO.—VITORIA

Esta última jornada de Burgos es la última que pasé en España. Al día siguiente volvíamos a subir a un vagón para no descender de él sino en Francia.

A poca distancia de este lado de Burgos, el país cambia. Los llanos de Castilla terminan y se ve surgir en el horizonte las primeras montañas de la Vizcaya. En Pancorbo uno de sus ramales se yergue cruzando la ruta. Parece que la locomotora va a chocar contra esa muralla, pero se vuelve bruscamente y aparece una brecha en la montaña, como si esta hubiera sido partida en dos por algún cataclismo. A derecha e izquierda se elevan dos altas agujas colocadas como pilares de una puerta gigantesca. Por este corte pasa un torrente y por encima de él la carretera; sobre ese camino real, pasa el ferrocarril.

Mas allá de esta especie de gruta salvaje y pintoresca, se despliega ante la vista un paisaje riente formado de lindos collados repletos de vigorosa vegetación. A cada paso aparecen en las faldas de las colinas, al borde de los ríos, pequeños poblados, numerosas aldeas de casas pardas con tejados sombríos, con campanarios en forma de torres. La tierra está hábilmente cultivada, los árboles reaparecen, los robles sombrean las partes altas, los frutales cubren las

primeras pendientes y llenan los valles. Estamos en las provincias vascas.

En él centro de una amplia planicie, del más rico y agradable aspecto, con bello horizonte de montañas, se alza sobre una discreta eminencia la linda pequeña ciudad de Vitoria. Desde este punto empezamos a escalar la vertiente meridional de los Pirineos hasta Alsasua. Desde ahí el tren parece precipitarse hacia el Océano. Se rueda de una altura de dos mil pies con una rapidez vertiginosa, ora bajo tierra, ora bordeando los abismos.

A las ocho de la noche se detiene el tren. Se oye gritar: ¡Hendaya! ¡Hendaya! Estamos en Francia (1).

«MARTIN DE ANGUIOZAR» traduxit.

San Sebastián.